

DOMINGO 4º de CUARESMA. Ciclo A

### ***“Jesús: luz que ilumina nuestras cegueras”***

La liturgia de hoy continúa con esa gran catequesis bautismal preparatoria para la noche solemne de la Pascua en que se renovará una vez más la victoria de la luz sobre las tinieblas, cumpliendo así la afirmación rotunda del Señor en el evangelio: *“Para un juicio he venido yo a este mundo: para que los que no ven, vean, y los que ven, se queden ciegos”*.

La curación del ciego de nacimiento es parábola sobre la fe. No sólo él, **TODOS ESTAMOS CIEGOS**. Como en el caso de Samuel, nos fijamos en las apariencias, no vemos el corazón. Sólo vemos lo que nos interesa. No vemos el misterio de las cosas, de la vida. Ni siquiera nos vemos bien a nosotros mismos. Necesitamos que el Señor nos cure de todas nuestras cegueras.

**¿Qué pasa en nuestro mundo?** No sé si estarás de acuerdo que la vida nos pasa, nos resbala y no nos damos cuenta. No vivimos, sino que nos des-vivimos. Somos, si acaso, meros espectadores. Pasamos por nuestra propia vida como turistas que se contentan con una foto de recuerdo; como en algunas celebraciones: nos importa más la foto que la realidad, nos preocupamos más por la imagen externa que por la vivencia personal. Nuestra ceguera nos convierte en seres superficiales y desnaturalizados; vamos por la vida corriendo de una parte a otra, pero sin profundizar. No saboreamos la vida ni los encuentros. Es que ni nos encontramos; sólo nos rozamos... Y así nos ponemos nerviosos. Corremos agitados en la vida, pero no vivimos. La prisa, la agitación y la pasión nos ciega.

En una realidad así, hoy, cuarto domingo de Cuaresma, **la Palabra de Dios nos dice:**

**En la primera lectura** (del libro 1º de Samuel) se nos dice que el modo de la elección de David es instructivo. Se manifiesta las preferencias de Dios por lo pequeño. Contrasta los juicios y los gustos de Dios y los hombres. Es que la “mirada de Dios no es como la mirada del hombre; pues mientras el hombre mira las apariencias, el Señor mira el corazón”.

**En la carta a los Efesios**, san Pablo nos muestra cómo la luz tiene sus efectos y sus frutos. Pues que se note “toda bondad, justicia, verdad”... Las tinieblas también tienen sus signos y manifestaciones: no hace falta nombrarlas, porque “hasta da vergüenza”.

**El pasaje evangélico** nos trae uno de los favoritos del evangelista san Juan: el drama de la luz y las tinieblas. Luz y tinieblas en contraste dramático, en lucha permanente. Viene la luz y las tinieblas, resentidas, se oponen, ven en peligro su reino. Surge la luz y va ganando parcelas a la oscuridad. El Evangelio de hoy, por tanto, es una pequeña victoria de la luz, quizás no tan pequeña, porque el ciego curado es testigo.

**Para nuestra vida cristiana.** Actualmente ¿qué nos está cegando: los intereses, los prejuicios, los fanatismos, las pasiones, la superficialidad?. ¿La falta de fe es una ceguera? ¿Qué podemos ir haciendo para curar nuestras cegueras?.

En este itinerario cuaresmal y catecumenal se presenta hoy para nuestra reflexión el tema de la iluminación, pues Cristo es la luz del mundo, y su luz es la que a de alumbrar a los que creen en él. Por el baño del bautismo fuimos lavados de todos nuestros pecados e iluminados por la luz de la fe.

Todos, en mayor o menor medida, atravesamos situaciones de oscuridad, de falta de luz, de dudas, de búsqueda. La respuesta es Dios, es Cristo Jesús, Nuestro Señor, que disipa nuestras tinieblas y nos conduce a la luz de la salvación. Pero hay ciegos y ciegos. Hay ciegos que no pueden ver y hay ciegos que no quieren ver y que ni siquiera toleran que otros vean. Ante todos Jesús aparece como la luz del mundo. A los primeros, si humildemente se acercan a Él, Jesús les da la vista y la fe; a los segundos los desenmascara. ¿En que grupo de ciegos estamos cada uno de nosotros? ¿Me quiero dejar iluminar por Cristo?.

La fe cristiana no consiste en creer algo, sino en creer en alguien que es Cristo. No pretendamos llegar a encontrarnos con el Señor mediante una revelación extraordinaria. Cristo mismo puso los medios, determinó los caminos, para encontrarnos con Él: la contemplación atenta de nuestra propia vida para poder percibir en ella su acción, la inserción responsable y vigilante en los avatares de la historia para descubrir cómo la guía el mismo Señor, la participación en la vida de la Iglesia habitada por el Espíritu del Señor, el sacramento del hermano en el que podemos reconocer la imagen y semejanza de Dios... La vida, toda ella, es una oportunidad para encontrarse con el Señor. Reparar en ello significa colocarse tras el Señor e ir en su búsqueda, abrirle totalmente a la posibilidad del encuentro.

*No es bastante no ser ciegos, tenemos que saber brillar, ser luz del mundo, reflejando la luz del que nos ha salvado y nos ha destinado a participar de su luz maravillosa. “Todos los días abre Cristo los ojos del humano linaje” –dijo san Agustín-*

*Avelino José Belenquer Calvé.  
Delegado episcopal de Liturgia.*